

y agrarias en una *convicción íntima*, unánime, con la fuerza de la fe social y la constancia de la necesidad individual. A la voz marxista, la más trascendentalmente social que se ha dado en el seno de la humanidad histórica, «proletarios de todos los países, uníos»; a la razón colectivista, «la emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabajadores mismos»; al principio comunista «todos para uno y uno para todos»; agregan la convicción complementaria «no hay más camino positivo que la revolución social».

«Y *este convencimiento*, que se trasmite en plazas y campos, y se confirma repitiéndolo bajo el sol de mediodía y bajo las techumbres del descanso, producto de larga experiencia dolorosa y de clarividencia empírica, avivado por el carácter andaluz y por los hechos de la vida social, cambia las sociedades, y los grupos en elementos de futura terrible lucha, une muchas manos que apuntan los nombres odiosos de cada pueblo, prepara muchos cerebros para formidable acción».

«Termina del Río, diciendo que gobernantes y clases pudientes van a *recoger el fruto* de su propio cultivo. Ciertamente, es triste esta condición humana que exige los horrores de la lucha sangrienta para que los oprimidos consigan mejoras y justicias. Entonces se clamará de momento, olvidándose que las obras sociales son labor del tiempo y tienen su gestación, y que ya serán inútiles los buenos deseos de los hombres de buena fe. ¿Qué se debería hacer con los ineptos, los egoistas, los malvados, que son los causantes de tanto mal y de tanta iniquidad como nos rodea y destruye?»

Alejandro Guichot.

Julio de 1916.

(Se continuará)

EL JORNALERO ANDALUZ

ASEGURO a V. E., escribía al Conde de Aranda el ilustre Campomanes, el que no ha logrado ser sustituido después, como dice Costa, por los regidores de bandas políticas; aseguro a V. E. que al considerar

de España», por Chamberlain.—«Horas críticas de España», por Sales Ferré.—«En el homenaje a Mendizábal», por Costa.—1910, «La decadencia de España», ratificación, por Sales Ferré.—1896 a 1916, «Discursos de los principales políticos españoles», en las Cortes.

la situación del jornalero acuden a mis ojos las lágrimas». Cuando así se expresaba el gran Campomanes, ganaba el jornalero cinco reales. Y desde entonces ha transcurrido cerca de siglo y medio. Las subsistencias han encarecido grandemente. El jornal no ha aumentado.

Yo tengo clavada en la conciencia, desde mi infancia, la visión sombría del jornalero. Yo le he visto pasear su hambre por las calles del pueblo, confundiendo su agonía con la agonía triste de las tardes invernales; he presenciado cómo son repartidos entre los vecinos acomodados, para que éstos les otorguen una limosna de trabajo, tan sólo por fueros de caridad; los he contemplado en los cortijos, desarrollando una vida que se confunde con la de las bestias; les he visto dormir hacinados en las sucias gañanías, comer el negro pan de los esclavos, esponjado en el gazpacho mal oliente, y servido, como a manadas de siervos, en el dornillo común; trabajar de sol a sol, empapados por la lluvia en el invierno, caldeados en la siega por los ardores de la canícula, y he sentido indignación al ver que sus mujeres se deforman consumidas por la miseria en las rudas faenas del campo; al contemplar cómo sus hijos perecen faltos de higiene y de pan; cómo sus inteligencias pierden, atrofiadas por la virtud de una bárbara pedagogía, que tiene un templo digno en escuelas como cuadras, o permaneciendo totalmente incultas, requerida toda la actividad, desde la más tierna niñez, por el cuidado de la propia subsistencia, al conocer todas, absolutamente todas, las estrecheces y miserias de sus hogares desolados. Y, después, he sentido vergüenza al leer en escritores extranjeros que el escándalo de su existencia miserable ha traspasado las fronteras, para vergüenza de España y de Andalucía.

Dauzat (*La misère en Espagne*, artículo en *La Revue*, núm. 20, 1913) describe la vida del jornalero, tomando de la realidad sus tintes sombríos, y cita, para resumir el estado miserable del campesino andaluz, la ya célebre frase de Mr. Malhall (en su libro *Progresos of the World*) «no hay situación en el mundo a la suya comparable». Angel Marvaud (*L'Espagne au XX siècle*) y H. Loru (artículo en *Revue de deux Mondes*, Octubre de 1913) nos habla también, compasivamente el primero, «de la masa considerable de campesinos, los cuales no tienen más capital que sus brazos ni otra retribución que su salario miserable...» y el segundo «de las grandes masas de jornaleros sin protección alguna, sometidos a merced de los propietarios de la tierra».

Y lo peor es que con relación a estos hechos evidentes no podemos consolarnos autosugestionándonos con la idea de que son las anteriores

declaraciones producto del empeño que los extranjeros muestran en exagerar nuestros males para conseguir desacreditarnos; cosa frecuente en España y frente a la cual Mr. Dauzat viene a asegurar es el que le inspira un sentimiento piadoso, provocado por nuestra incapacidad para redimirnos de nuestras tremendas desgracias. El hecho está vivo. La inmensa mayoría del pueblo andaluz está constituida por *esas grandes masas* de que nos hablan los escritores citados. Y todos los andaluces, con sólo *querer* observar, podemos convencernos de que no hay, por lo mísera, situación a la de éste comparable. Las más crueles descripciones alcanzarán, a lo sumo, a bosquejarnos lo que todos hemos podido y podemos ver.

En un informe oficial consta acreditado el dicho del referido escritor inglés, cuyo texto cita la Comisión de Reformas Sociales, evacuando una consulta hecha por el Ministro de la Gobernación (inserta en el Resumen de la Información acerca de los obreros agrícolas en las provincias de Andalucía y Extramadura, publ. del Instituto de Reformas Sociales). "En general, dice dicha consulta, la situación del obrero español ha sido considerada como la más desventajosa de todos los obreros de las grandes naciones. Mientras en los Estados Unidos las necesidades de su vida nutritiva le distraen el 21 por 100, en España le consumen 67 por 100 del salario. Si se compara la situación de los obreros agrícolas con la de los industriales en nuestro propio país, es posible que demostrasen otras desventajas de los primeros. Si se comparase, en fin, la situación de los obreros agrícolas de Andalucía y Extremadura con la de otras regiones de la Península, se apreciarían seguramente diferencias muy significativas". Es decir, que está oficialmente demostrado que *la última, la más espantosa* de todas las situaciones, es la de los jornaleros andaluces. Considérense ahora los detalles de esta comprobación. Me circunscribo únicamente a los datos oficiales y prescindo de los adquiridos por la propia observación, los cuales pudieran parecer exagerados.

Alcanzan los jornales *más frecuentes* (según la citada "Información") en las provincias andaluzas, *los pagados en metálico*, a 1'50 pesetas en Almería, Huelva y Jaén; a 1'40 en las de Málaga, Córdoba y Sevilla; a 1'80 en la de Cádiz, y a 1'10 en la de Granada; y los que se satisfacen parte en metálico y parte en alimentos (generalmente de horrible calidad), ascienden: en Almería y Cádiz, a 1'50; en Sevilla, a 1'60; en Córdoba, a 1'65; en Granada, 1'40; en Málaga, a 1'45; en Huelva, a 1'80; en Jaén, a 2. Estos son, como hemos dicho, los jornales calificados en la "Información" referida *los más frecuentes*. Advirtamos que en este orden hay jornales

mínimos, y, por tanto, que existe *cabeza de familia que gana 135 céntimos!* (en algunos lugares de Almería). Considérese, además, que en los lugares donde el jornal se percibe parte en dinero y parte en alimentos, llégase a pagar hasta el 60 por 100 en especie (como sucede en algunos pueblos de Sevilla y Málaga); que existe una proporción respetable de braceros (el 10 por 100 en la últimamente citada provincia) cuyo jornal (incluyendo metálico y especie) no llega a una peseta; que este mísero salario deja de cobrarse en las frecuentes holganzas por fiestas o falta de trabajo; que hay períodos en el transcurso de los inviernos, y en algunos pueblos en primavera y otoño, durante los cuales, al ser los obreros del campo *repartidos* entre las personas pudientes, perciben el jornal de un modo incompleto; prolongándose dichos períodos, en que la dignidad del trabajo sucumbe humillada por una repugnante y forzada caridad, hasta tres meses, como ocurre en algunos municipios de Almería; que aun en provincias como esta última, en que el jornal frecuente es el de 1'50, esto no es general, existiendo un respetable número de jornaleros que no alcanzan dicho salario (el 18 por 100); consideremos detenidamente todas estas cifras, que nos dan la clave de las expresadas miserias de los campesinos andaluces, y ante la *imposibilidad* en que éstos se encuentran, dadas las actuales circunstancias, de *mejorar de situación*, como dicen muchos Ayuntamientos informantes, ante los hechos que así lo condenan a clamar eternamente pan y trabajo en las puertas de las alcaldías, no solamente se sentirán acudir lágrimas a los ojos, como aseguraba el ministro de Carlos III, sino que habremos de preguntarnos con indignación cómo la más cobarde indiferencia ha respondido durante tanto tiempo a las causas que, provocando tal estado, han producido el envilecimiento de una gran parte del pueblo, constituida por la clase campesina, la más principal, la base del pueblo, en un país como Andalucía, esencialmente agricultor.

Blas Infante.

DE LA GEOGRAFÍA FÍSICA
Y MORAL DE LA REGIÓN

SOBRE ANDALUCÍA

Sus límites y su constitución

Nada más difícil que este complejo problema de los límites cuando con ellos queremos demarcar no la materialidad de un pedazo de tierra, sino la agrupación natural que alienta bajo un mismo ideal.